NEGRITO MUERTO.

Negrito muerto, angelito del cielo, gurisito.

Papá quería para tí lo mejor, La mejor madera para la mejor caja, las velas más grandes, el rezo mayor. Y también el carrito blanco, ese carrito precioso y triste que lleva a los niños del pueblo, en vez del carro de Golatti, sucio de cargar tierra. Papá quería lo mejor. Fué por eso, angelito del cielo.

No fué lo mismo cuando murió el angelito de Golatti y y hubo baile, y levantaron las camas para que en la pieza hubiera más espacio, y tendieron al angelito desnudo, sin una prenda, sobre el mármol roto del lavatorio. Y la madre misma se pintó, y compraron dulces, caña y café; y para el niñito, para que las echaran al pasar sobre la barriga hinchada del inocente, no hubo más que unas flores quemadas por el viento, que crecían allí, en la puerta del rancho, silvestres, sin que hubiera que hacer otra cosa que agacharse para arrancarlas.

Y cuando se cansaron de bailar y tomar, lo pusieron en un cajoncito de velas o de jabón, sin tapa ni nada, y lo llevaron en el carro del padre, sucio de tierra.

Allí iban los dolientes, aunque esté mal llamarlos así. Golatti, la mujer y las hermanas de Golatti. Y el cajoncito en el piso del carro. Detrás iba otro carro, lleno de hombres y mujeres. Nadie creía que eso fuera el entierro. Era como si fuesen a las pruebas. Jaraneaban de un carro a otro, caían las flores sobre el pescante del carro de atrás, parecía un corso. A los perros que les salían en el camino, les tiraban con las botellas vacías. Pura chacota. Así fué como llegaron aquí cuando ya las puertas se habían cerrado, y entregaron el angelito al guardián, al celador del cementerio, para que lo enterrara al día siguiente, solita su alma. Para que lo enterrase o hiciera lo que le pareciese, porque el cajoncito de tablas separadas se había deshecho en el viaje, de los puntapiés que le habían dado los dolientes al moverse, olvidándose de que estaba allí.

Y volvieron a subir en los carros y se fueron como habían venido. Y no faltó quien dijera que en el rancho todavía había quedado caña para seguir el baile.

No fué como esa vez esta mía, negrito muerto, angelito del cielo. Nadie lo tuvo aquí en brazos como yo te tengo, esperando a que la puerta se abriese como yo espero. Nadie iba a pedir misericordia como yo pediré por ti si es necesario, sangrecita del negro, gurisito.

Papá quiso la mejor caja, las velas más grandes, el carrito blanco con los querubines, la cruz y las antorchas. Papá quería hacer poner en las cortinitas A.F.L. y en las tarjetas de borde negro "voló al cielo".

Entonces fué que Papá, que no trabaja hace tres meses,

salió a hacer la colecta. Todos querían al negrito, todos te querían, todos sentían lástima, pero la lástima daba apenas para una o dos moneditas. Hacía calor ayer de mañana, y más calor al mediodía.

El Coronel se acordó de los tiempos en que Papá era asistente y le dió dos pesos. Le dió dos pesos y dijo: "No te sigás yenando de hijos, negro, para tener que enterrarlos por suscrición". Entonces Papá le hizo la venia, sin poder hablar, le hizo la venia con esta mano que ahora te tiene la cabecita, el pescuezo duro. Papá le hizo la venia y, cuando estuvo un poco más lejos, le saltaron las lágrimas. Papá nunca había llorado antes, nadie llora en el cuartel ni en el mundo, negrito mío, angelito del cielo.

Entonces, después de haber perdido todo el día, con cinco pesos y pocos reales más, Papá vió que no iba a poder hacer nada. Tal vez no fueran cinco pesos sino seis, o hasta siete, pero la cosa tampoco se arreglaba con eso. Fué así.

Los hombres son ladrones, aunque nada te importa ya que estás en el cielo, a la derecha del Padre, del verdadero Padre que no juega los pesos del entierro del hijo, que no se deja robar por los talladores y por la taba, y que no paga todavía una copa por ser el doliente y estar borracho, rascándose el fondo del bolsillo. Para esto, para tenerte ahora en los brazos, duro bajo la camisita, esperando a que abran la puerta, este portalón de hierro que deja ver los cipreses y los grandes monumentos blancos.

Si Papá fuera rico tú también ibas a tener tu monumento, un niñito desnudo con dos alas cayéndole por atrás del cuerpo, un ángel con las manitas abiertas en el aire. Y Papá iba a venir siempre con flores compradas y con un paño para sacar la tierra de la estatua, el polvo que se queda en las junturas.

Antes de que nacieras, Papá ganó una vez más de diez pesos a la taba, en el mismo fondo de Crispín. Podía haber vuelto a ganar ahora. Pero Papá tenía ayer la mano agarrotada, como ahora que tu cabeza pesa en la palma y la apoza.

Papá tenía el llanto de la tarde y pensaba mucho en el angelito, en la recorrida de todo el día y el carro blanco que cada vez parecía más lejos. Si Papá hubiera tendio unos pesos, como tenía Golatti, lo hubiera encargado todo enseguida, y no hubiera perdido el tiempo con los vecinos.

Papá no llevó a nadie a casa, no quería distraerse con nadie. Sólo pensaba en el angelito y en el carro. Se le representaban las molduras brillando al sol, las llamas de madera torneada, el Cristo y las letras a sus pies, sobre la tapa. Pero sabía que todo había acabado con los dieeciocho reales del monte- que eran toda la suerte del carrito, del mismo entierro-. Y Papá veía también que era un imbécil, y tenía miedo de haber caído en la condenación, eterna. Y entonces los demás se convirtieron en buenos, después de haberle robado la plata, porque lo convidaron a seguir tomando.

En el ranco estaban los chiquilines que Mamá trajo al ve-

nir, los que se quedan mientras tú te vas. Papá lloraba casi, y sentía como un delirio de contar, y contó lo del monte y la taba, la colecta tirada a la calle. Y oyó cómo de lejos, en una nube que le atravesaba la cabeza pesada, le decían "infeliz". Es cierto que Papá es un infeliz, negrito, pero también son unos infelices los que anoche se lo dijeron, los guapos que no dicen que la vida también los chicotea.

Angelito del cielo. La noche fué larga y te tuve abrazado, sintiendo que se enfriaba mi brazo bajo tu cara. Nadie se acercó, andaban como fantasmas, por el rancho, salían a mirar la noche y entraban temblando, con las manos en los bolsillos. Toda la noche fué ese pisar sordo de gente levantada sobre el suelo de tierra. A ratos yo cerraba los ojos, como si descansara en los tuyos, pero sentía el borde rojo y ardiente de haber llorado, y sentía los cuchicheos de las viejas, que era estar en este maldito mundo.

A las cinco te envolví en el rebozo, esperé que te besaran y me eché al camino. Todavía era noche, cortaba el aire. Varias veces te destapé la cara donde sabía que no podría verla, varias veces te pasé por los ojos una mano fría.

Hay dos cuchillas, una antes y otra después de la bifurcación. El pasto estaba húmedo, pero en la carretera no había más que polvo suelto, y piedras de punta que hacían doler las plantas, atravesando las zapatillas.

Era ya de día cuando llegué y me senté aquí a esperar que abriera, angelito. En el hospital dan cajones, y por los pocos reales que me quedan el hombre irá a buscar uno y te daremos sepultura. No me separaré en seguida, para acordarme de que allí es el sitio, aunque después crezca el pasto. No soy de los que piden el número de la chapita en la oficina, para saber dónde tienen enterrado a su hijo. No.

Es dura la vida, y tiene estas despedidas, en que es el que queda el que pediría irse. Pero yo sé que hay un libro escrito por Dios, y en él dice Bienaventurados y promete una felicidad en el cielo para cada uno que lleva la desgracia sobre la tierra, como yo la llevo.